

## Kurdistán: el otro referéndum

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

Absortos por lo que pueda pasar en Cataluña con la convocatoria del referéndum soberanista del 1 de octubre, en el panorama internacional nos encontramos con un llamado similar a las urnas para el 25 de septiembre en el Kurdistán iraquí. Una región autónoma reconocida desde la Constitución de 2005, cuando Irak se definió como una República Federal, siendo el único territorio que goza de semejante estatus: con un gobierno, un parlamento y un embrión de Ejército, los peshmerga, unas fuerzas de defensa propias. Con unos cinco millones de habitantes, esta entidad formaría parte, en verdad, de lo que llamaríamos el gran Kurdistán, cuyas fronteras se extenderían no sólo por Irak, sino también por Siria, Turquía, Irán e incluso Armenia. Es decir, una superficie de cerca de 400.000 metros cuadrados y unos 27 millones de personas. Además, estaríamos hablando de un enclave estratégico de primer orden, habida cuenta de que allí se hallan muchos de los pozos de petróleo de Irak e Irán y la totalidad de los de Siria. De ahí que el anuncio de celebrar el referéndum hecho por las autoridades de Erbil a principios de junio encendiera todas las alarmas. A pesar de que, en realidad, el Kurdistán iraquí vive ya en unas condiciones de cuasi-independencia, agravada por la irrupción en el Próximo Oriente del ISIS, que puso patas arriba las endebles estructuras del Estado iraquí. Hasta tal punto que buena parte de la ofensiva contra los yihadistas la han protagonizado los peshmerga, máxime después de que las tropas regulares abandonaran Mosul, dejando a los terroristas ingentes cantidades de dinero y armas. Apoyados por las naciones occidentales, los brigadistas kurdos han plantado cara al enemigo con decisión, habiendo servido asimismo el Kurdistán de lugar de refugio para las minorías perseguidas (cristianos, yazidíes, etc.). Esta actuación decidida y la estabilidad de la Administración autónoma, frente a la central, acusada de sectaria desde los tiempos de Yuri al-Maliki, han colmado de orgullo y de prestigio a los kurdos iraquíes que, al parecer, contemplan ahora la oportunidad de ver compensado su valor separándose definitivamente de Irak. Donde, por otro lado, tampoco se han sentido nunca cómodos, a tenor de la guerra de guerrillas iniciada por Mustafá Barzani en 1961 o de los ataques químicos que padecieron durante la presidencia de Sadam Hussein.

Lo cierto es, sin embargo, que una declaración de independencia del Kurdistán iraquí generaría un auténtico terremoto político en la zona. Por eso, Bagdad está intentando que no se lleve a cabo, puesto que supondría su desmembración y el fracaso de Irak, algo que, vista la deriva que lleva desde la invasión norteamericana de 2003, tampoco sería del todo nuevo. ¿Acaso no es hoy en día un estado semi-fallido? Yo me atrevería a decir que sí. En este empeño el primer ministro Haider al-Abadi no se encuentra solo, pues cuenta con el decidido apoyo de los Estados Unidos. En la reunión mantenida hace unas semanas con el secretario de Defensa, James Mattis, éste le comunicó su rechazo a cualquier “acto de división o desestabilización”. Y en este aspecto van a contar asimismo con el soporte tanto de Irán, como de Turquía. Ya que una decisión de esta naturaleza podría tener consecuencias fatales para sus vecinos. Respecto de Siria, porque el norte, en un contexto bélico como el actual, podría ser anexionado por la recién estrenada república kurda. En cuanto a Irán, el escenario es complejo, dado el poderío militar de Teherán, pudiendo provocar un desequilibrio tal que el ejecutivo moderado de Rohani podría tambalearse en favor de los elementos ultra-conservadores del régimen, lo que daría al traste con los signos de apertura

mostrados en los últimos tiempos. Pero, sin duda, quien más teme a una iniciativa unilateral de estas características es Erdogan.

Con cerca de quince millones de kurdos, Turquía no estaría dispuesta a tener en su frontera meridional una república kurda emancipada que serviría de constatación de seducción para un área en estos momentos especialmente caliente. Rotas las negociaciones con el PKK, con un aumento de las acciones violentas por ambas partes y con las provincias del sureste en una situación insostenible, a Ankara el triunfo independentista le generaría enormes problemas. De hecho, tratándose de un miembro de la OTAN, si llegara a sentirse en peligro, podría solicitar una acción militar de la Alianza, lo que complicaría sobremanera las cosas. Así, y sin ponernos belicistas, cabe pensar que un supuesto Kurdistán independiente apenas tendría reconocimiento internacional. Mucho ha cambiado el contexto desde el Tratado de Sèvres (1920), el acuerdo de paz entre el Imperio otomano y los aliados de la Primera Guerra Mundial, donde, en su artículo 62, se contemplaba el alumbramiento de un país denominado Kurdistán, aunque finalmente no cuajó. A pesar de los esfuerzos del gobierno autónomo de Masud Barzani en pro de la plena soberanía, la postura esgrimida por las grandes potencias, la posición de la propia ONU y la coyuntura política que vive en estos momentos Oriente Próximo animan a pensar que será muy difícil su puesta en práctica. Si bien, dicho referéndum ha de servir para medir las ansias separatistas de los kurdos iraquíes y ver qué efectos tiene sobre el resto de los kurdos con vistas a buscar soluciones viables. Lo cual no puede ser subestimado por ningún dirigente, llámese al-Abadi, Erdogan, al-Asad, Rohani o el mismísimo Donald Trump.

5 de septiembre de 2017

Publicado en *El Diario Vasco*, 10 de septiembre de 2017, p. 31